

Lo que el SARS-CoV-2 trajo y no se llevó

Laura Delgado Martín

Especialista en Medicina Familiar y Comunitaria. CS Bañaderos. Las Palmas

El 13 de marzo me fui del centro de salud pensando que sería mi último día allí. Mensaje de la unidad docente, se anulan rotaciones, se cancela la programación de guardias prevista, los residentes de 4.º año (R4) a la puerta del hospital.

Tras un fin de semana de caos y después de decretarse el estado de alarma, de alguna forma reboté a Primaria mientras la mayor parte de mis compañeros efectivamente pasaron a ser adjuntos de urgencias de facto. Turnos, separación de Primaria y Hospital, residentes pequeños a equipos de seguimiento de sospecha de COVID de la gerencia, residentes mayores en el limbo, echando una mano en reestructurar la atención sanitaria de sus centros de salud. Teléfono a la oreja, EPI media mañana o hacer cribado se convirtieron de la noche a la mañana en sus nuevas funciones. Y yo... ¿yo? Después de 3 días de caos pasando la consulta de otro adjunto de mi centro de salud, de no entender protocolos, de tener 10 preguntas nuevas a la hora, de dar bajas y mandar correos electrónicos sin saber muy bien cuántas normas y leyes de protección de datos me estaba saltando, me acerqué a preguntar y demandar a la dirección de la zona básica de salud más información, más comunicación, más organización. Y así fue como me convertí en la R4 de apoyo a dirección. Reuniones todos los días de 2 o 3 horas, y luego a gestionar la agenda de seguimiento de pacientes sospechosos y hacer de enlace entre equipos de gerencia y el centro de salud, a resolver esas 10 dudas por hora primero para mí, y luego para el resto del equipo.

Creo que es conveniente aclarar en este punto de la crónica que he hecho la residencia en un consultorio periférico de dos cupos y que en 3 años y 10 meses me había acercado al centro de salud «base» en ocasiones y rotaciones puntuales. No conocía el nombre de la mayoría de los profesionales de enfermería, auxiliares, administrativos, celadores, equipos de urgencias, odontólogos, higienistas, fisioterapeutas, matronas. Mea culpa, me he hecho un intensivo en un mes. Primero, entender el funcionamiento tradicional y su por qué, luego proponer formas de ajustarse a las necesidades que iban surgiendo diariamente, y entre apagar fuegos y acumular más problemas nuevos que soluciones a los previos nos sumergimos de lleno y sin aviso previo en el complejo mundo del trabajo en equipo, la comunicación eficaz, la gestión, el liderazgo... Sí, en medio de una pandemia puede salir lo bueno de todo el mundo, pero también los problemas y los resquicios no solucionados en años.

Tres consultorios periféricos, un centro de salud con un servicio de urgencias con una estructura física muy limitada, protocolos generales difícilmente aplicables a las particularidades locales y una gerencia que llegaba tarde y desigual con sus instrucciones. Pero ahora prefiero quedarme con lo bueno. Hemos tenido suerte, pocos casos en nuestra zona y población con una gran respuesta y respeto del confinamiento. Se han hecho reuniones de equipo, se ha trabajado y debatido. Con dificultades, porque no estamos acostumbrados. Ha costado adaptarse a la consulta telefónica, cansa, a algunos desespera, pero lo hemos hecho, y en poco más de un mes incluso lo hemos tomado como rutina. Y seguro que algunas novedades han llegado para quedarse.

Cuando parecía que la vida giraba en torno a un virus nuevo, la vida apareció en forma de inmigrantes subsaharianos ubicados en acogida en un albergue en medio de la naturaleza de nuestra área. Creo que ha sido la primera vez que se ha presentado esta situación en el municipio, y aprovechamos la oportunidad. Una embarazada, dos niñas, múltiples urgencias y demandas de salud que nos trasladó la coordinadora a su cargo. Mochila en mano, un enfermero, trabajadora social y dos médicas nos fuimos a ver cómo los podíamos ayudar. En 2 semanas, gestiones administrativas hechas, analíticas urgentes extraídas, y revisión de las niñas y la embarazada. Cuando consiguieron la medicación pautada tras casi una semana a través de la ONG, empezaron el Ramadán, y aprendí que muchos abscesos y dolores se curan solos sin necesidad de pastillas.

Tras una reunión para ver diferentes opciones de creación de circuitos de respiratorio de cara a la desescalada en un centro periférico con espacios minúsculos poco adaptables, ocurrió. Tuve que dar por primera vez una noticia de VIH positivo, enseudofrancés, a una mujer de 33 años de Costa de Marfil. Y de repente el coronavirus desapareció, y las lágrimas y los gestos de consuelo se hicieron idioma universal.

Salí, sin mascarilla, porque hay noticias que se tienen que dar a cara descubierta, respiré algo de aire y rodeada de hombres y mujeres que me despedían agradecidos, pensé en cuántas vueltas puede dar la vida en tu último mes de residencia.